

debió consentir; os dirá que todo lo que a favor se atribuye lo es, y que es cosa indigna de un hombre de honor abusar de la sencillez de una niña para usurpar en secreto los mismos favores que delante de todo el mundo puede ella dispensar, porque sabemos lo que el bien parecer tolera en público, pero ignoramos dónde se detiene, en la obscuridad del misterio, el que se constituye en único juez de sus fantasías».

Después de esta justa reconvención, dirigida más bien a mí que a mi alumno, se va esta prudente madre y me deja absorto con su rara previsión que estima en poco que delante de ella besen a su hija en la boca, y se asusta de que se atrevan a besar a solas su vestido. Reflexionando en lo desatinado de nuestras máximas, que siempre sacrifican la verdadera honestidad a la decencia, entiendo por qué cuanto más estragados son los corazones es tanto más casto el idioma, y las ceremonias son tanto más puntuales cuanto más ruines son los que las gastan.

Imbuyendo yo con este motivo el corazón de Emilio en obligaciones que antes le hubiera debido dictar, me ocurre una nueva reflexión que acaso honra más a Sofía, pero que, sin embargo, me guardo de comunicar a amante, y es: que esta pretendida soberbia de que la acusan, no es otra cosa que una precaución muy cuerda para preservarse de sí propia. Como tiene la desdicha de sentirse con un temperamento ardiente, teme la primer chispa y la desvía con todo su poder. No es severa por soberbia, que lo es por humildad. En Emilio toma el imperio que teme no tener en sí propia, y se sirve del uno para contrarrestar el otro. Si fuera más confiada, sería mucho menos altiva. Exceptuando este solo punto, ¿qué doncella hay en el mundo más fácil y más blanda? ¿Quién que con más paciencia sufra un agravio? ¿Quién que más tema

hacersele a otro? ¿Quién que menos presuma de cosa ninguna, como no sea de su virtud? Ni tampoco está soberbia con su virtud, o si lo está es sólo para conservarla, y cuando puede abandonarse sin peligro a la propensión de su corazón, hasta a su amante acaricia. Pero su prudente madre no explica estas circunstancias ni a su propio padre: que no deben los hombres saberlo todo.

Lejos de que parezca ufana con su conquista, se ha tornado Sofía todavía más afable y menos mal contentadiza con todo el mundo, excepto con el único que ha ocasionado esta variación. Ya el sentimiento de la independencia no ensoberbece su noble corazón, y triunfa con modestia en una victoria que le cuesta la libertad. Se presenta con menos despejo, y tiene el hablar más tímido desde que no oye sin sonrojarse la voz de su amante; mas por entre el encogimiento se nota su satisfacción, y esta misma vergüenza no es un afecto enojoso. Especialmente con los mozos que se presentan es más palpable la diferencia de su conducta. Desde que les ha perdido el miedo, se ha aflojado mucho en la excesiva reserva que con ellos gastaba. Resuelta en su elección, se muestra obsequiosa sin reparo con los indiferentes: menos escrupulosa acerca de su mérito, desde que no la interesan, siempre les encuentra con la suficiente amabilidad para gentes con quien nada de común ha de tener.

Si el verdadero amor pudiese gastar coquetería, creyera yo ver algunos vestigios de ella en el modo como Sofía, en presencia de su amante, se porta con ellos. Diríase que, no satisfecha con la ardiente pasión en que por una exquisita mezcla de reserva y cariño le abrasa, se complace en irritar todavía esta misma pasión con alguna inquietud; diríase que, divirtiendo de intento a los mancebos sus huéspedes, consagraba



al suplicio de Emilio las gracias de una jovialidad que con él no se atreve a usar; pero Sofia es atenta, buena y juiciosa además, para atormentarle efectivamente. En ella, el amor y la honestidad sustituye a la prudencia para templar este peligroso estimulante; sabe sobresaltarle y serenarle justamente cuando es preciso, y, si alguna vez le inquieta, nunca le entristece. Disculpemos la zozobra que causa al que ama, por el temor de que nunca esté bastante sujeto en sus lazos.

Pero ¿qué efecto producirá en Emilio esta astucia? ¿Tendrá celos o no los tendrá? Conviene examinar esto, porque semejantes digresiones hacen parte del objeto de mi libro y me desvían poco de mi asunto.

Antes he hecho ver cómo, en las cosas que sólo dependen de la opinión, se introduce esta pasión en el corazón del hombre. Mas en el amor es cosa muy distinta; entonces los celos parecen tan unidos con la naturaleza, que con dificultad se puede creer que no provengan de ella, y el ejemplo mismo de los brutos, muchos de los cuales tienen furiosos celos, establece sin apariencias de réplica el dictamen opuesto. ¿Es la opinión de los hombres la que incita a los gallos a que se hagan pedazos, y a los toros a que peleen hasta matarse?

La aversión contra todo lo que perturba nuestros gustos y se opone a ellos es muy natural: en esto no cabe disputa. También se halla hasta cierto punto en el mismo caso el deseo de poseer exclusivamente lo que nos agrada. Pero cuando tornándose pasión este deseo se convierte en furor o en el triste y tenebroso desvarío llamado celos, entonces es otra cosa; esta pasión puede ser o no natural; conviene distinguir.

El ejemplo sacado de los animales está examinado en el *Discurso sobre la desigualdad*, y ahora que de nue-

vo reflexiono en ello, me parece tan sólido este examen que me atrevo a remitir a él a mis lectores: sólo añadiré a las distinciones que en aquel escrito hice, que los celos que provienen de la naturaleza tienen mucha conexión con la potencia del sexo, y, cuando es o parece ser ilimitada esta potencia, llegan a su cúmulo los celos, porque como entonces mide el macho sus derechos por sus necesidades, no puede mirar a otro macho sino como a un contrincante importuno. En estas mismas especies, las hembras obedecen siempre al primero que llega, y perteneciendo así a los machos por derecho de conquista, suscitan entre ellos lides eternas.

Por el contrario, en las especies en que un macho se une con una hembra, en que el apareamiento produce una especie de vínculo moral, una especie de matrimonio, perteneciendo la hembra por elección suya al macho que ha escogido, por lo común se niega a cualquiera otro, y como el macho tiene por fianza de la fidelidad de su compañera este cariño de preferencia, se inquieta menos con la vista de los otros machos, y vive más en paz con ellos. En estas especies el macho toma parte en el cuidado de los hijuelos, y, por una de aquellas leyes de la Naturaleza que se observan con enterneamiento, parece que la hembra restituye al padre el cariño que éste tiene a sus hijos.

Ahora, considerando la especie humana en su primitiva sencillez, fácil es ver por la limitada potencia del macho y la templanza de sus deseos, que fue destinado por la Naturaleza a contentarse con una sola hembra, y esto lo confirma la igualdad numérica de los individuos de ambos sexos, a lo menos en nuestros climas: igualdad que, ni con mucho, existe en las especies en que la mayor fuerza de los machos reúne muchas hembras con uno sólo. Y si bien el hombre



no empolla como el palomo; si bien careciendo de mamilas para criar a sus pechos, se encuentra bajo este aspecto en la clase de los cuadrúpedos, tanto tiempo son débiles y se arrastran por el suelo las criaturas, que con dificultad pudieran ellas y la madre vivir sin el cariño y los afanes del padre.

Así todas las observaciones contribuyen a probar que el furor celoso de los machos en algunas especies de animales, nada prueba con respecto al hombre, y hasta la excepción de los climas meridionales, donde está establecida la poligamia, no hace otra cosa que confirmar más el principio, porque de la pluralidad de las mujeres proviene la tiránica precaución de los maridos, y el sentimiento de su propia flaqueza incita al hombre a que recurra a la sujeción para eludir las leyes de la Naturaleza.

En nuestros países, donde, menos eludidas en esta parte estas leyes, lo son en sentido contrario y más odioso, el motivo de los celos más se funda en las pasiones sociales que en el instinto primitivo. En la mayor parte de las relaciones de amor, más aborrece el amante a sus rivales que lo que a su amada quiere, y si teme no ser el único favorecido, es por un efecto del amor propio, cuyo origen he mostrado, y padece mucho más su vanidad que su amor. Por otra parte, tan disimuladas han hecho a las mujeres nuestras lerdas instituciones (71), y tanto han inflamado sus apetitos, que apenas se puede contar con el cariño mejor

(71) Esta clase de disimulo de que hablo, es opuesto al que les conviene y deben a la naturaleza; éste consiste en encubrir los afectos que sienten y el otro en fingir los que no sienten. Todas las mujeres de mundo pasan la vida haciendo gala de su pretendida sensibilidad, y en realidad sólo se aman a sí mismas.

probado, y ellas ya no pueden manifestar preferencias que tranquilicen del miedo de los rivales.

En cuanto al verdadero amor, es diferente. Ya hice ver, en el citado escrito, que este afecto no es tan natural como se piensa, y que hay mucha diferencia entre el dulce hábito que aficiona al hombre a su compañera, y el ardor desenfrenado que le embriaga en los fantásticos atractivos de un objeto que no mira como es verdaderamente. Esta pasión, que nada más que exclusiones y preferencias respira, sólo se diferencia de la vanidad en que, como ésta todo lo exige y nada otorga, siempre es inicua, y el amor, dándole cuanto exige, es por sí mismo un afecto lleno de equidad. Por otra parte, cuanto mayor es su exigencia, más es su credulidad: la misma ilusión que le causa, con facilidad hace que uno se le persuada. Si es inquieto el amor, es confiada la estimación, y nunca en un corazón honrado ha existido amor sin estimación, porque ninguno ama, en el objeto amado, otras prendas que las que aprecia.

Bien aclarado todo esto, se puede decir con seguridad de qué especie de celos es capaz Emilio; porque, una vez que el germen de esta pasión apenas se encuentra en el corazón humano, la educación únicamente es la que determina su forma. Enamorado y celoso Emilio no será sañudo, suspicaz, desconfiado, sino delicado, sensible y medroso: más estará sobresaltado que irritado, y más se esforzará en atraer a su dama que en asustar a su rival; le desviará, si puede, como un obstáculo, sin aborrecerle como a un enemigo; si le aborrece, no será porque se atreve a disputarle un corazón que él pretende, sino por el peligro real en que le pone de perderle; no se ofenderá neciamente su orgullo de que otro se declare rival suyo: convenido de que únicamente en el mérito se funda el dere-



cho de preferencia y que en el triunfo está vinculada la honra, crecerá su diligencia por ser amable, y probablemente lo conseguirá. Si la generosa Sofia irrita su amor con algunos sobresaltos, bien sabrá regularlos e indemnizarle de ellos, y no tardará en separar los rivales que sólo consentía por ponerle a prueba.

Pero, ¿adónde me veo arrastrado sin sentirlo? ¡Oh, Emilio! ¿Qué te has hecho? ¿Puedo yo reconocer en ti a mi alumno? ¡Cuán decaído te contemplo! ¿Dónde está aquel mancebo formado con tanta dureza, que arrostraba los rigores de las estaciones, que entregaba su cuerpo a los más rudos trabajos y su alma a las leyes solas de la sabiduría; inaccesible a la preocupación y a las pasiones: que sólo la verdad amaba, sólo a la razón cedía y con nada de cuanto no era él propio se estrechaba? Ahora, entregado a una vida ociosa, se deja gobernar por mujeres; sus ocupaciones son pasatiempos femeniles; sus leyes, las voluntades de una mujer; una niña es el árbitro de su destino: se postra, se arrastra por el suelo ante ella y el grave Emilio es juguete de una criatura.

Tal es la vicisitud de las escenas de la vida: cada edad tiene sus resortes que la hacen mover, pero el hombre siempre permanece uno mismo. De diez años se le conduce con bollos, de veinte con una amada, de treinta con los deleites, de cuarenta con la ambición, de cincuenta con la avaricia: ¿cuándo solamente corre en pos de la sabiduría? ¡Dichoso el que conducen a ella contra su voluntad! ¿Qué importa el guía de que nos sirvamos, con tal que le lleve a la meta? Los héroes, y hasta los mismos sabios, han pagado este tributo a la humana flaqueza, y hasta hubo quien rompió husos con sus dedos y no por eso dejó de ser un varón esclarecido.

¿Queréis que se extienda a la vida entera la eficacia

de una feliz educación? Pues prolongad durante la mocedad los buenos hábitos de la niñez, y, cuando sea vuestro alumno lo que deba ser, haced que sea el mismo en todos tiempos. Esta es la perfección que os falta dar a vuestra obra. Por esto particularmente importa dejar un ayo a los mancebos; en cuanto a lo demás, poco hay que temer que sin él no sepan enamorar. Lo que engaña a los institutores, y aun más a los padres, es que se figuran que un modo de vivir excluye otro, y que en cuanto uno es grande, debe renunciar de todo cuanto hacía siendo chico: si así fuese, ¿de que serviría cuidar de la infancia, una vez que el bien o mal uso que de ella hiciesen se desvanecería con ella, y tomando modos de vivir absolutamente diversos, por necesidad se tomarían otros modos de pensar?

Así como sólo las enfermedades graves forman solución de continuidad en la memoria, así también las pasiones fuertes la forman sólo en las costumbres, y, si bien varían nuestros gustos y nuestras inclinaciones, esta mudanza, a veces atropellada, la suavizan los hábitos. En la sucesión de nuestras inclinaciones, como en una buena gradación de colores, el artista debe hacer imperceptibles los pasos, confundir y mezclar las tintas, y, para que no sobresalga ninguna, extender muchas en toda su obra. Esta regla la confirma la experiencia; las personas sin moderación todos los días mudan de aficiones, gustos y sentimientos, y sólo en el hábito de variar son constantes; mas el hombre arreglado vuelve siempre a sus antiguas costumbres, y ni aun en su vejez pierde el gusto de los deleites que le prendaban cuando niño.

Si hacéis que cuando los mozos pasen a una nueva edad no tomen desprecio a la que ha precedido, que cuando contraigan nuevos hábitos no abandonen los antiguos, y que siempre gusten de hacer lo que es



bien hecho, sin tener en cuenta el tiempo en que empezaron a hacerlo, sólo entonces habréis puesto a salvo vuestra obra, y estaréis seguros de ellos hasta el fin de su vida, porque la más temible revolución es la de la edad sobre que ahora veláis. Como siempre la echamos menos, con dificultad perdemos más tarde los gustos que en ella hemos conservado; pero ya una vez interrumpidos no se recuperan en la vida.

La mayor parte de los hábitos que os figuráis que a los niños y jóvenes hacéis contraer, no son hábitos verdaderos; porque los han tomado por fuerza y, como los siguen contra su voluntad, sólo esperan la ocasión para zafarse de ellos. Nadie toma gusto a la cárcel a fuerza de vivir en ella: entonces el hábito aumenta la aversión, lejos de disminuirla. No sucede así con Emilio, que, no habiendo hecho en su niñez nada que no fuese voluntariamente y con gusto, si continúa haciendo lo mismo cuando es hombre, añade a la dulzura de la libertad el imperio de la costumbre. La vida activa, las faenas manuales, el ejercicio, el movimiento, en tal manera se le han hecho necesarios, que no pudiera renunciar a ellos sin molestia. Fuera aprisionarle, encadenarle, retenerle en un estado de violencia y apremio, el reducirle a una vida muelle y sedentaria, y no dudo que su índole y su salud se alterasen. Apenas si en un cuarto bien cerrado puede respirar a su gusto; necesita aire libre, movimiento, fatiga. Aun a las plantas de Sofía no puede menos de contemplar con ansiosos ojos el campo, y desear correrle con ella. Está, sin embargo, parado cuando es menester; pero se halla inquieto, agitado; parecé que brega; está quieto porque está encadenado. Vais a decirme que estas son necesidades a que yo le he amoldado, sujeciones que le he impuesto: y así es la verdad; le he sujetado a la condición de hombre.

Emilio ama a Sofía: mas ¿cuáles son los embelesos primeros que le han prendado? La sensibilidad, la virtud, el amor de las cosas honestas. Si ama este amor en su dama, ¿cómo le ha de haber perdido en él mismo? ¿Qué precio se ha puesto recíprocamente Sofía? El de todos los afectos que son naturales en el corazón de su amante: la estimación de los verdaderos bienes, la frugalidad, la sencillez, el desinterés generoso, el menosprecio del fausto y las riquezas. Antes que el amor le hubiera impuesto estas virtudes, ya Emilio las poseía. ¿Pues en qué ha mudado verdaderamente? Tiene nuevos motivos para ser él mismo; en este punto sólo se diferencia de lo que antes era.

No pienso que ninguno que leyere este libro con alguna atención, se pueda figurar que se hayan reunido por casualidad todas las circunstancias de la situación en que Emilio se encuentra. ¿Es casualidad, si ofreciendo las ciudades tantas jóvenes amables, la que le agrada se encuentra en las entrañas de una soledad remota? ¿Es casualidad si da con ella? ¿Es casualidad si se convienen? ¿Es casualidad si no pueden vivir en el mismo sitio? ¿Es casualidad si tan desviado de ella está el albergue que halla? ¿Es casualidad si tan rara vez la ve, y si está forzado a comprar con tantos afanes la satisfacción de verla alguna? Decís que se afemina. Por el contrario, se endurece, y es preciso que sea tan robusto como yo le he formado, para resistir las fatigas que Sofía le hace padecer.

Vive dos leguas largas de su casa. Esta distancia sirve de estímulo a su amor. Si viviesen puerta con puerta, o si pudiese ir a verla cómodamente sentado en un buen coche, tal vez la amaría menos por esa misma facilidad. ¿Hubiera querido morir Leandro por Hero, si de ella no le hubiera separado la mar? Aho-



rradme, lector, de razones: si sois capaz de entenderme, seguiréis lo bastante mis reglas en sus menores circunstancias.

Las primeras veces que fuimos a ver a Sofía, tomamos caballos para llegar más pronto. Este expediente le encontramos cómodo, y la quinta vez seguimos tomando caballos. Nos aguardan, a más de media legua de la casa, vemos gente en el camino. Observa Emilio, el corazón le late, se acerca, reconoce a Sofía, se arroja del caballo a tierra, parte, vuela, está ya a los pies de la amable familia. Emilio gusta de hermosos caballos; el suyo es vivo, se siente libre, y da a correr por el campo: le sigo yo, le alcanzo con mucha dificultad y me le traigo. Por desgracia Sofía tiene miedo de los caballos y no me atrevo a arrimarme a ella. Emilio nada ve, pero Sofía le advierte al oído del trabajo que ha dejado que se tomara su amigo. Acude avergonzado Emilio, coge los caballos y se queda atrás: justo es que a cada uno le toque su vez. Se va el primero para librarse de nuestras cabalgaduras. Dejando de esta suerte a Sofía detrás de sí, no encuentra ya que el caballo sea un bagaje tan cómodo. Vuelve jadeando y me halla a la mitad de camino.

Al siguiente viaje ya no quiere Emilio caballo. «¿Por qué? le digo, tomaremos un lacayo que tenga cuenta de ellos.—¡Ah! me dice, ¿hemos de gravar así la respetable familia? Ya véis que todo lo quieren mantener, hombres y caballos.—Verdad es, replico, que tienen la noble hospitalidad de la pobreza. Avarientos los ricos en medio de su fausto, sólo alojan a sus amigos; mas los pobres alojan también a los caballos de sus amigos.—Vámonos a pie, dijo: ¿no tenéis ánimo para ello, vos que tan de buena voluntad entráis a la parte de los fatigosos placeres de vuestro hijo?—Con mucho gusto, le respondo al instante, y, a la ver-

dad, también a mí me parece que no se requiere tanto estrépito para enamorar».

Al acercarnos hallamos a la madre y la hija todavía más lejos que la vez primera. Hemos venido como un relámpago; Emilio está empapado en sudor: una mano querida se digna enjugarle las mejillas con un pañuelo. Caballos habían de sobrar en el mundo antes que nos viniese otra vez la tentación de servirnos de ellos.

No obstante, es cosa cruel no poder nunca pasar juntos la primera noche. El otoño se acerca, y empiezan a mermar los días. Por más que aleguemos, nunca nos permiten volvernos de noche, y, cuando no venimos desde por la mañana, es menester irnos a poco de haber llegado. A puro quejarnos y compadecerse de nosotros, al fin le ocurre a la madre que si a la verdad no es posible alojarnos con decencia dentro de casa, tal vez se pudiera encontrar en el lugar un albergue para pasar algunas veces la noche. Al oír estas palabras, Emilio da palmadas, brinca de gozo, y Sofía, sin pensarlo, da más besos a su madre el día que este expediente ha imaginado.

Poco a poco se establecen y consolidan entre nosotros la dulzura de la amistad y la familiaridad de la inocencia. Los días señalados por Sofía o por su madre, voy de ordinario con mi amigo, pero algunas veces le dejo que vaya solo. La confianza enaltece el alma y un hombre no debe ser tratado como una criatura. ¿Qué habría yo adelantado hasta aquí si mi alumno no mereciese toda mi estimación? Sucede también que vaya yo sin él; entonces se queda triste, mas no murmura: ¿y de qué le servirían sus quejas? Además, bien sabe que yo no voy a perjudicar sus intereses. En cuanto a lo demás, vayamos juntos o separados, bien se entiende que no nos detiene tiempo ninguno, ufanos de llegar en estado de que nos pue-



dan compadecer. Por desdicha, Sofia nos veda este honor, y nos prohíbe venir con mal tiempo. Esta es la única vez que la encuentro rebelde a las reglas que secretamente la dicto.

Un día que ha ido solo, y que no le aguardo hasta el siguiente, le veo llegar aquella misma tarde y le digo dándole un abrazo: «¡Qué, amado Emilio, te vuelves con tu amigo!» Pero en vez de corresponder a mis halagos me dice un poco enfadado: «No creáis que me vuelvo tan pronto por mi gusto, que vuelvo contra mi voluntad. Ha querido que viniese, vengo por ella y no por vos». Enternecido con esta ingenuidad le abrazo otra vez, diciéndole: «Alma franca, sincero amigo, no me robes lo que me pertenece. Si vienes por ella, por mí lo dices: tu vuelta es obra suya, pero tu franqueza es la mía. Conserva para siempre este candor de las nobles almas». Dejemos que los indiferentes piensen como quieran, pero es un delito consentir que un amigo nos agradezca lo que no hemos hecho por él.

Mucho me guardo de envilecer a sus ojos el valor de esta confesión, encontrando en ella más amor que generosidad, y diciéndole que no tanto se quiere quitar el mérito de esta vuelta como atribuírsele a Sofia. Pero del modo siguiente me manifiesta lo interior de su corazón, sin que él obre en caso pensado: si ha vuelto despacio y soñando en sus amores, no es más Emilio que el amante de Sofia; si llega deprisa, sofocado, aunque murmurando entre dientes, Emilio es el amigo de su Mentor.

Por estas circunstancias vemos que está muy distante mi joven de pasar su vida con Sofia, y de verla tanto como quisiera. Las licencias que le dan se reducen a un viaje o dos por semana, y sus visitas, que muchas veces no son más que de medio día, rara vez lle-

gan al siguiente. Más tiempo gasta en esperar verla o en darse el parabién de haberla visto, que en verla efectivamente. Del que emplea en sus viajes, más pasa en el camino que al lado de Sofia. Verdaderos, puros, deliciosos, pero más imaginarios que reales, sus contentos irritan su amor sin afeminar su corazón.

Los días que no la ve no está ocioso y sedentario; estos días todavía es Emilio y no está transformado. Las más veces corre las campiñas inmediatas, sigue su Historia natural, observa, examina las tierras, sus producciones, su cultura; compara las labores que ve con las que conoce; averigua los motivos de las diferencias; cuando juzga preferibles otros métodos a los del país, se los enseña a los cultivadores; si propone una forma mejor de arado, la manda hacer conforme a su dibujo; si encuentra una veta de marga, les enseña su uso ignorado en el país; muchas veces él mismo pone mano a la obra; se quedan atónitos de ver que maneja con más facilidad que ellos mismos sus herramientas, que abre surcos más profundos y más derechos que los suyos, que siembra con más igualdad y dirige los arriates con más inteligencia. No se mofan de él como de un elegante charlatán de agricultura, pues ven que efectivamente la sabe. En una palabra, su celo y sus afanes abrazan todo cuanto es de primera y general utilidad y no se ciñe a eso. Visita las casas de los labradores, se informa de su estado, de sus familias, del número de sus hijos, de la cantidad de sus tierras, de la naturaleza de las producciones; su despacho, sus facultades, sus cargas, sus deudas, etc. Da poco dinero, sabedor de que, por lo común, le emplean mal, pero cela él mismo su empleo y hace que les aproveche, aun cuando no quieran. Les da operarios, y muchas veces les paga sus propios jornales para las labores que necesitan. Al uno le hace reparar o techar



su choza medio derribada; al otro desmontar su tierra abandonada por falta de medios; a estotro le da una vaca, una mula, tres reses de todo género en vez de las que ha perdido; dos vecinos van a entablar un pleito, los persuade y los reconcilia; cae enfermo un aldeano, le hace cuidar y le cuida él propio (72); otro sufre la opresión de un vecino poderoso, le ampara y le da recomendaciones; dos jóvenes pobres se quieren, ayuda a casarlos; una infeliz mujer ha perdido a su hijo querido, la va a ver, la consuela y la acompaña largo rato; no se desdeña de los miserables; come muchas veces en casa de los rústicos que asiste, también acepta convite en casa de aquéllos que no le necesitan: haciéndose bienhechor de unos y amigo de otros, nunca cesa de ser su igual. Finalmente, tanto bien hace siempre con su persona como con su dinero.

Alguna vez dirige sus paseos hacia la venturosa mansión: tal vez espere divisar a hurtadillas a Sofía, verla paseando sin que ella se aperciba. Pero Emilio no gasta rodeos en su conducta, ni sabe ni quiere eludir nada. Tiene aquella amable delicadeza que con el buen testimonio de sí mismo alimenta el amor propio y le halaga. Cumple rigurosamente su destierro, y nunca se acerca lo bastante para alcanzar del acaso lo que sólo quiere deber a Sofía. En cambio vaga con gusto

(72) Cuidar a un campesino que está enfermo, no es ni purgarle, ni darle drogas, ni enviarle al cirujano. Nada de eso necesitan esas pobres gentes en sus dolencias, sino alimento más substancioso y abundante. Estad vosotros a dieta cuando tengáis calentura; pero cuando los obreros del campo la tengan, dadles carne y vino; casi todas sus enfermedades proceden de inanición y miseria: en vuestras bodegas tenéis su más eficaz tisana, y su único boticario debe ser vuestro carnicero.

en las inmediaciones buscando las huellas de los pasos de su amada, enterneciéndose con la pena que se ha tomado y las caminatas que ha hecho por condescendencia hacia él. La víspera de los días que la debe ver, entra en un caserío inmediato a disponer una merienda para el día siguiente. Dirígese el paseo hacia esta parte sin que se eche de ver; entran como por casualidad, y se encuentran frutas, bollos, nata. No disgustan a la golosa Sofía estas atenciones, y da las gracias a nuestra previsión; porque siempre tengo yo parte en el cumplimiento, aunque ninguna haya tenido en la diligencia que le motiva; pero es una astucia de muchacha para dar las gracias con más despejo. Su padre y yo comemos bollos y bebemos vino; pero Emilio forma rancho con las mujeres, siempre en acecho para coger algún plato de nata donde haya metido la cuchara Sofía.

Hablando de bollos, recuerdo a Emilio sus antiguas carreras. Quieren saber qué cosa eran estas carreras: lo explico, se ríen, y le preguntan si sabe correr todavía. Mejor que nunca, responde, y sentiría mucho haberlo olvidado. Alguien de la compañía tendría mucha gana de verle correr, y no se atreve a decirlo; otro se encarga de la propuesta, la acepta; se hacen reunidos o tres mozos de las inmediaciones; se fija un premio y, para imitar mejor los antiguos juegos, se pone un bollo encima de la meta. Cada uno está pronto; el papá da la señal con una palmada. El ágil Emilio hien de el viento y se encuentra al cabo de la carrera cuando apenas han echado a andar los tres patanes. Recibe Emilio el premio de manos de Sofía y, no menos generoso que Eneas, reparte dádivas a todos los vencidos.

En medio de los aplausos del triunfo, se atreve Sofía a desafiar al vencedor, y se alaba de correr tanto



como él. Acepta Emilio, y, mientras ella se dispone a la carrera, remangando su vestido por ambos lados, y con más deseos de enseñar a Emilio una pierna bien hecha que de vencerle en la palestra, examina si está bastante corta la ropa, dice él una palabra al oído a su madre, que se sonríe, y le hace una seña de aprobación. Viene entonces a ponerse al lado de su competidora, y apenas se ha dado la señal, cuando la ve que parte ligera como un pájaro.

Las mujeres no tienen disposición para correr; cuando huyen, es para que las alcancen. La carrera no es la única cosa que hacen sin maña, pero sí la única que ejecutan sin gracia: sus codos echados atrás y pegados al cuerpo les dan una postura ridícula.

No imaginándose Emilio que corriese Sofía mejor que otra mujer, no se digna menearse de su sitio, y la ve partir con una sonrisa burlona. Mas como Sofía es ligera y lleva los zapatos sin tacón, pues no necesita de artificio para que se note la pequeñez de su pie, se aleja con tal velocidad que apenas tendrá tiempo para alcanzar a esta nueva Atalanta. Parte, en fin, semejante al águila que se arroja sobre la presa; la sigue, casi la tropieza, la alcanza al cabo toda jadeando, le ciñe con suavidad el cuerpo con su brazo izquierdo, la levanta como una pluma y, estrechando con su pecho esta dulce carga, acaba así la carrera, hace que toque la primera a la meta, gritando: ¡Victoria por Sofía! hincando ante ella una rodilla en la tierra, y se reconoce vencido.

Con estas diversas ocupaciones se agrega la del oficio que hemos aprendido. Por lo menos un día a la semana, y todos aquéllos en que no nos permite el mal tiempo salir al campo, vamos Emilio y yo a trabajar a casa de un maestro. No trabajamos por ceremonia, como sujetos superiores a esta condición, sino de

veras y como verdaderos artesanos. Una vez que viene a vernos el padre de Sofía, nos encuentra trabajando, y no deja de contar con admiración a su hija y a su mujer lo que ha visto. «Id a ver, les dice, a ese mancebo al taller, y veréis si tiene en poco la condición del pobre». Ya se puede imaginar si Sofía oirá con gusto estas razones. Hablan de ello, quisieran cogerle trabajando. Me preguntan indirectamente, y, habiéndose informado del día fijo, toman la madre y la hija un coche, y el día señalado se vienen a la ciudad.

Al entrar en el obrador, descubre Sofía al otro extremo a un mancebo de blusa, peinado con negligencia y tan ocupado en lo que está haciendo, que no la ve: se detiene y hace una seña a su madre: Emilio, con un escoplo en una mano y el mazo en la otra, concluye una muesca; sierra luego una tabla y pone una parte de ella sobre el banco para cepillarla. Este espectáculo tan respetable no hace reír a Sofía, sino que la enternece. Mujer: honra a tu jefe; él es quien para tí trabaja, quien te gana el pan, quien te mantiene: ese es el hombre.

Mientras que le están observando con atención, reparo yo en ellas, tiro a Emilio por una manga, se vuelve, las ve, arroja sus herramientas y de un salto se pone junto a ellas dando un grito de júbilo. Después de haberse entregado a sus primeros arrebatos, las hace sentar y se vuelve a su trabajo. Pero Sofía no puede estar sentada; se levanta con viveza, anda todo el taller, examina las herramientas, toca lo pulimentado de las tablas, amontona astillas por el suelo, mira nuestras manos, y dice luego que le gusta este oficio porque es limpio. La loquilla también quiere imitar a Emilio. Con su débil y blanca mano empuja el cepillo sobre la tabla; resbala éste y no agarra. Creo ver